



Es muy poco conocida la participación de mercenarios hispanoamericanos en la guerra que España mantuvo con Marruecos, prolongación de un conflicto persistente desde muchos años atrás. Este grabado —que muestra a una batería de artillería yendo a tomar posiciones en Melilla— simboliza aquella cruenta lucha.

Mercenarios hispanoamericanos en la guerra con Marruecos

Carlos Sampelayo

1922. En julio, en todos los consulados de España en Hispanoamérica apareció una convocatoria solicitando voluntarios para la recién creada Legión Extranjera de España en Marruecos.

ESPAÑA y Francia estaban por aquellas fechas en guerra de protectorado con las kábilas marroquíes, capitaneadas por Abd-el-Krim, guerrero que trataba de unificarlas en una misma acción. Nacido en 1882, había servido en el ejército español en 1903, y en el alemán durante la Primera Guerra Mundial. Encarcelado en Melilla por acusaciones de espionaje, pudo fugarse y reunir algunos partidarios, declarando la guerra a España en 1921.

En los primeros combates consiguió echar del Rif a nuestras tropas y organizó una República del Rif. Luego trató de sublevar también a los moros del protectorado francés marroquí, pero más tarde, unidos los dos Ejércitos de España y Francia, en 1926 fue sometido y se entregó a los franceses. En esta rendición ya estuvo presente el general mexicano Guillermo Rubio Navarrete. Abd-el-Krim fue llevado a la prisión francesa de la isla de la Reunión.

En la «Revista del Ejército y de la Marina», tomo I, página 1283, se publica un artículo del mayor Jesús San Juan que, en mayo de 1920, se había expatriado a los EE.UU. por rebeldía contra el Gobierno de Alvaro Obregón. Artículo que se iniciaba con estos titulares: «Remembranzas de Africa. Los yanquis (indios de la parte de Sonora) en el Desierto del Sahara». Y, a continuación, el texto: «El general Fernández Silvestre, comandante del Ejército de Operaciones de España

en Africa, a causa de una derrota se suicidó. La Legión Extranjera en España necesitaba voluntarios para ir a combatir a los moros, y encontrándome en Nueva York concebí la idea de reclutar un contingente de mexicanos. En agosto de 1921 arribó a Nueva Orleans un enganche de braceros mexicanos de Tucson, Arizona, y ocho de ellos eran yanquis; Bacasegui, dado de alta en la Legión, fue el más distinguido.

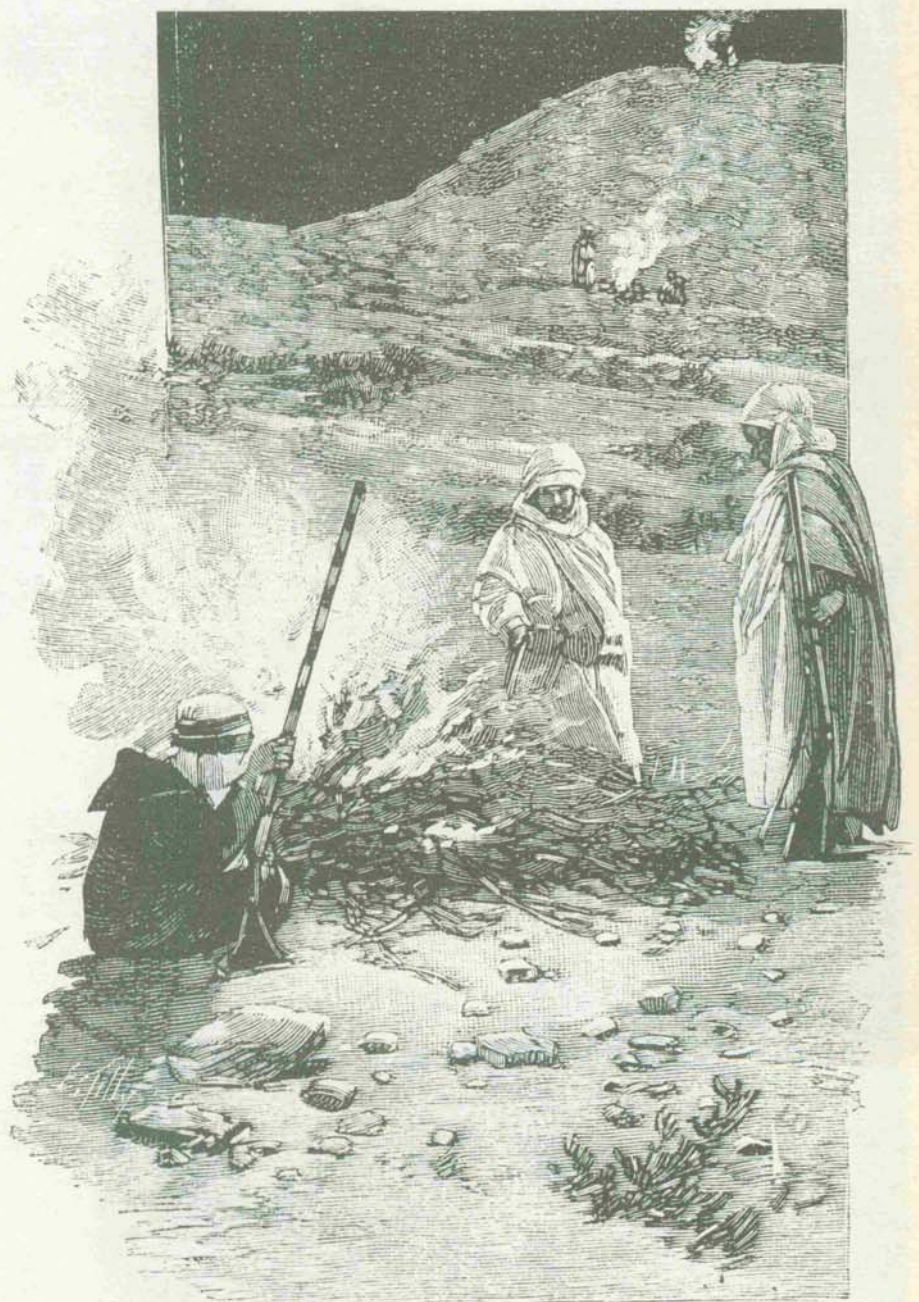
El comandante del Tercio Extranjero era el teniente coronel Millán Astray. Del campamento de Dxar Riffien salió una patrulla para ocupar un aguaje el 2 de octubre de 1921, a las órdenes del sargento peruano José Herrera; los legionarios caminaban cantando La Valentina, La Juanita (posiblemente la Adelita o una canción peruana), La Cucaracha y otras canciones (...); se peleó y se arrebató a los árabes el Monte Beni Hassam. La compañía de Nueva Orleans fue felicitada por el Alto Comisario, general Dámaso Berenguer, y condecorado el sargento Bacasegui.»

Hasta aquí el relato del mayor San Juan, que me hizo investigar otros hechos de la intervención de aquellos voluntarios hispanoamericanos en nuestras operaciones marroquíes.

En efecto, en 1922, España abrió en los países de Hispanoamérica la primera convocatoria de fuerzas militares mercenarias para someter a los rifeños. El presidente de México, general Alvaro de Obregón, mandó tres batallones de yanquis que estaban aposentados en Xochimilco, a 25 kilómetros de la capital mexicana, indios de talante desarraigado y guerrero, que

constantemente daban ocasión a que la Prensa se ocupara de ellos por los seguidos escándalos que protagonizaban. A sus territorios de Sonora no se atrevían a hacerlos regresar, porque su presencia produciría peores consecuencias: disensiones y peleas con las otras tribus del mismo Estado. Obregón, enviándoles al Tercio Español se quitaba de encima un problema de orden público, peligroso y enojoso.

Estos indios fueron embarcados en Veracruz a finales de julio o principios de agosto de 1922, en el «Alfonso XII», que era entonces un transatlántico español de gran calado dedicado a carga y pasaje. En Cuba se les unieron grupos de todos los países latinoamericanos: centroamericanos, colombianos, venezolanos, argentinos, caribeños de las islas de Trinidad y Santa Lucía, brasileños, etc.



Abd-el-Krim intentó unificar las kábilas marroquíes en una misma acción contra el protectorado español. Corría el año 1921 cuando se produjo su declaración de guerra, seguida por unas rápidas victorias. (Reproducimos el sistema de «telegrafía» por medio de hogueras utilizado para comunicarse entre dichas kábilas.)

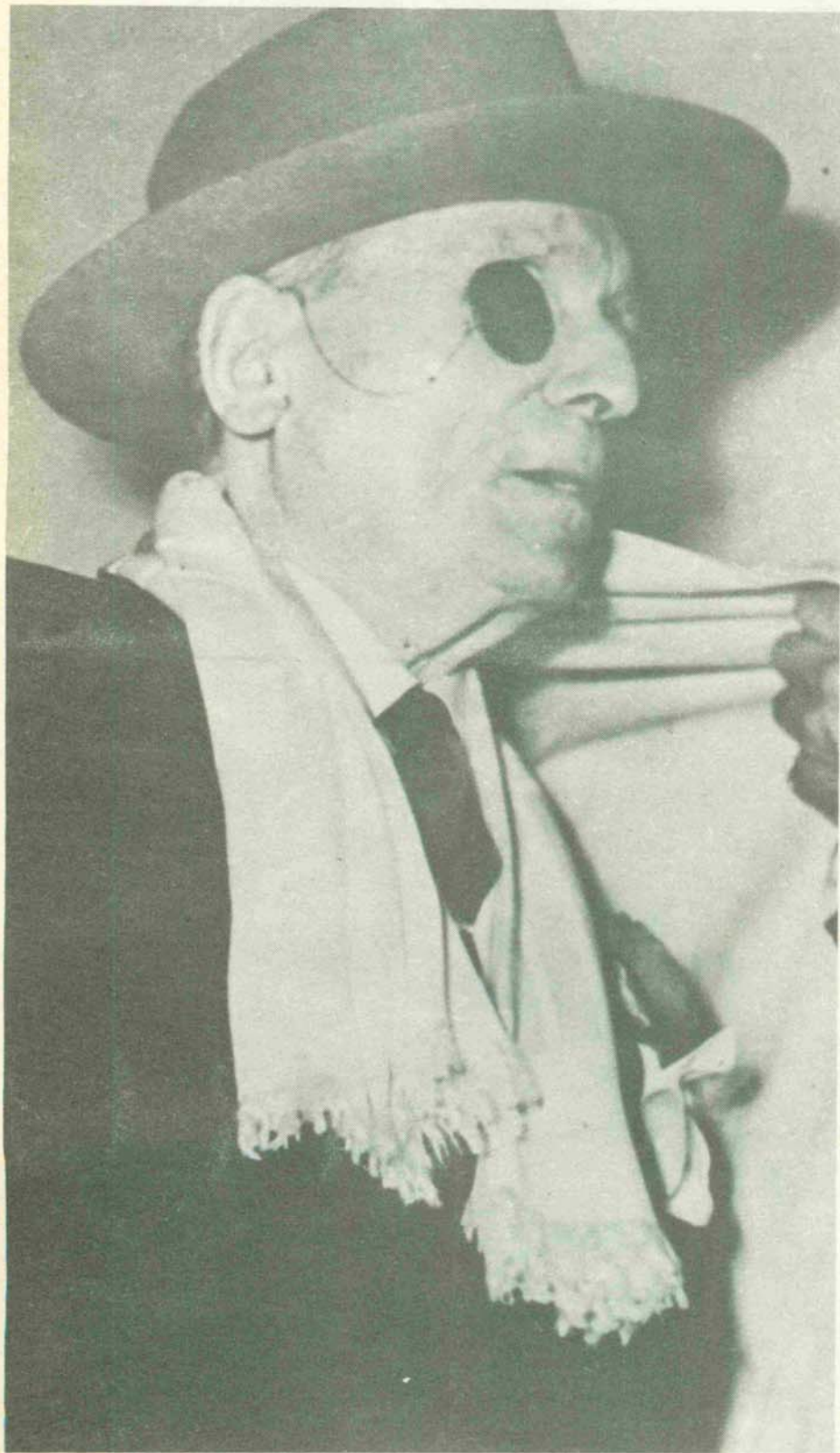
El grupo de peruanos iba mandado por el capitán Luis Miguel Sánchez Cerro, personaje novelesco, militar de carrera, quien poco antes había intentado derrocar al doctor Leguía, presidente del Perú. Al tratar de asaltar el Palacio de

Pizarro, la ráfaga de una ametralladora hirió en un brazo a Sánchez Cerro, dejándolo atrofiado. Por el fracaso de la sublevación, se hallaba exiliado en Cuba con otros paisanos, y entre ellos reclutó el grupo de enganche a la Legión

Extranjera de España. Tenía fama de ser muy valiente, y les cayó bien a todos cuantos componían la expedición. Bajo de estatura, delgado y pálido, con una mirada amable pero sostenida, que «electrizaba» a la tropa.

Después de la guerra con Marruecos, volvió al continente americano, estuvo en México y, antes del movimiento del dictador Huerta, regresó al Perú.

En Cádiz se organizó la expedición hispanoamericana, y Sanidad Militar escogió a los más instruidos para entrenarlos como enfermeros.



Al mando de la Legión Extranjera, el general Millán Astray —en la foto— dirigió la defensa de la plaza de Melilla, impidiendo la tentativa árabe de tomar la ciudad. En esa defensa intervinieron varios contingentes de tropas hispanoamericanas, entre las cuales figuraban dos batallones de indios yanquis.

Pasaron revista varias veces en Tetuán, Ceuta y otros lugares del protectorado. Se dieron los mandos de la totalidad del contingente al capitán mexicano Agustín Ordaz Sánchez, y al peruano Luis Miguel Sánchez Cerro, al que se le confirió el grado de coronel por su «reconocida experiencia». Asimismo, se distinguió el artillero jefe del grupo mexicano, que luego llegó a general en su país, Guillermo Rubio Navarrete. El capitán Agustín Ordaz Sánchez era natural de Juchitan, Oaxaca, y durante la revolución mexicana de 1914 peleó a las órdenes de Pancho Villa, como coronel. Pero en un pueblo llamado Jaripitiro, por tierras de Guanajuato, Villa mandó que se le fusilara, y por la noche Ordaz pudo escaparse a caballo y pasarse a las tropas de Carranza. Este le dio el grado de capitán segundo, y con el mismo murió durante 1942, en el Hospital Militar.

Mucho se ha hablado de la defensa de Melilla, pero poco de los contingentes hispanoamericanos que —encabezados



Tras la defensa de Melilla y debido a las protestas internacionales, la mayoría de los mercenarios hispanoamericanos fueron repatriados a sus países de origen. Donde todos habían participado de una manera u otra en conflictos internos. (La imagen recoge una escena cotidiana de un campamento mellilés durante la guerra de África.)

por sus banderas respectivas— ayudaron a abrir el cerco de los rifeños. Dos batallones de yanquis estaban mandados por coroneles y oficiales de su país. El tercero tenía oficialidad de otros países de Hispanoamérica, al mando supremo del peruano Sánchez Cerro. La línea de fuego se extendía alrededor de Melilla, y afirman todavía testigos presenciales que la defensa actuaba con tres Ejércitos, por este orden, español, latinoamericano y francés. Millán Astray, en el momento crítico de la defensa, a mil me-

tros de la plaza, lanzó todos aquellos efectivos y frustró la tentativa árabe de tomar la ciudad.

Resultó herido el coronel inca Sánchez Cerro, que fue llevado a un barco hospital.

Después, por algunas protestas internacionales, la mayoría de los legionarios latinoamericanos fueron repatriados. El día en que los reembarcaron, conforme iba subiendo al

barco cada grupo, según su nacionalidad, las bandas de música militares españolas y francesas tocaban los himnos nacionales respectivos de aquéllos. Cuando ya todos estaban en los barcos, tocaron «las Golondrinas».

Todos aquellos soldados habían sido veteranos de las luchas intestinas de sus países. Al zarpar, se tocó llamada de silencio.

Los tres batallones de indios yanquis nunca regresaron. Unos vivos y otros muertos o desaparecidos, no se supo más de ellos. ■ C. S.